

Su rasgo principal consiste en la ternura displicente. El paradójico humor dramático inspira una cierta sonrisa asqueada. Sheila es judía, burguesa media, con ansias de emancipación de las convenciones familiares. Trabaja, vive su vida: un poco de bohemia, progresismo y horror a los controles tutelares. Desesperada por la imposibilidad de casarse, decide el suicidio. Buen campo abonado, que permite anotar las contradicciones de una época o, más modestamente, las inconsecuencias de un carácter. Para una mujer perteneciente a cualquier medio subdesarrollado o feudalista, sin posibilidades de ganarse la vida y sometida a las represiones del pasado —el deflagrado mito de la virginidad, por ejemplo—, la soltería, en efecto, puede constituir un problema. Pero el personaje de Gail Parent está emancipado familiar, laboral y sexualmente. Más no se puede pedir. Practica el amor físico con el primero que se presenta, o, mejor dicho, en la medida de sus posibilidades (no es locamente atractiva), y a pesar de esas liberaciones —caballo de batalla en la lucha emancipadora de otras sociedades más retardatarias que la norteamericana—, la angustia principal de Sheila, y que la lleva a un suicidio frustrado, es la imposibilidad de contraer matrimonio. ¿Una burla de Gail Parent? ¿O es que realmente la mujer emancipada de ese mito de la virginidad que decíamos y del condicionamiento económico contempla como una nostalgia irrealizable la configuración tradicional del matrimonio? Sheila manifiesta lo que podríamos denominar «psicología de transición»; es decir, de una parte alberga en su subconsciente las prevenciones y pretendida orientación ideal de sus mayores —repudiados en lo exterior y aparente—, y de otra se deja llevar sin convicciones profundas por la corriente liberalizadora y desprejuiciada que la



Gail Parent.

rodea, aunque el resultado es una afirmación conservadora, una vez adquirida y gastada la experiencia de la libertad, tan atractiva en principio. Todo eso adornado con la lucha sin cuartel por parecerse a los patrones de belleza impuestos por la sociedad de consumo, y que en algunos de sus aspectos triviales puede traducirse por la admiración hacia el trabajo burocrático «creativo», el pelo liso y la esbeltez deportiva, ella, Sheila, que ostenta un pelo ensortijado y rebelde, tiende a la obsesión y no puede usar bikini. El compuesto racista no anda lejos de las inocentes campañas publicitarias, que han conseguido ahondar el foso de las diferencias etnográficas —económicas a la postre— a extremos inconcebibles. Ahora bien, y respondiendo a otra de las preguntas que nos hemos formulado, los elementos que pone en juego Gail Parent —astucia de «ejecutiva» de las letras— para que su novela haya entrado en el ciclo de los grandes públicos son fáciles de discernir. Hay casi una sistemática enumeración de «morbosidades» eróticas, donde la más importante no es la descripción de su desilusionada y hasta jocosa pérdida de la virginidad, sino que asistimos a un batiburrillo de homosexualidad, lesbianismo, efímero apareamiento con un negro (a Sheila, teóricamente por encima de prejuicios raciales, la ensombrece aún más esta experiencia) y, por fin, algo de drogas y mucho desamor e indiferencia en una sociedad atropellada e inso-

lidaria, pero sin que formalmente, ni siquiera el intento de suicidio, revista gravedad o congoja. Tales ingredientes hacen de Sheila murió y vive en Nueva York una novela dura y burlesca, deshumanizada. La educación paterna se ve ridícula desde la perspectiva filial y la independencia generacional resulta feroz. En el fondo, la novela de Gail Parent es nihilista respecto de las relaciones humanas, y pone de relieve el vacío de la libertad sexual cuando ésta no proviene de un substrato de mayor compromiso ético, por no hablar simplemente de un substrato amoroso, que es, en definitiva, la invocación constante de la pobre Sheila, con su terrible soledad a cuestas y sus raros orgasmos, que se podían contar con los dedos de una mano. Así como ahora la sociedad pedante de la tecnocracia tiene nostalgia de la vida sencilla y natural, la sociedad sexualmente liberada de la mujer —al menos en Gail Parent— empieza a tener nostalgia de la edad de oro de la hipocresía erótica y de los inhibidores acordes a los tradicionales. No. ■
EDUARDO TIJERAS.

**Carlos Seco:
«Tríptico
carlista»**

Que al profesor Seco le urja cordialmente cierto apasionamiento a la hora de acusar a la historiografía sobre nuestro siglo XIX de estar fundada con notorio exclusivismo en fuentes, digamos, «liberales», no obsta, a mi juicio, para que lleve buena parte de razón. Como él dice, el triunfo liberal propició el uso y abuso de fuentes de ese signo en perjuicio de una historia más completa. El, por su parte, ha procedido ahora, en un breve pero enjundioso libro, *Tríptico carlista* —Ariel Quincenal, 1973—, de manera contraria. Sin embargo, esta inversión deliberada del signo de las fuentes responde esta vez a una exigencia bastante razonable del

propio tema, pues se trata de poner en claro algunos fundamentales aspectos de la «historia interna» del carlismo, y Seco ha procedido, además, con un tacto y una mesura que le honran tanto más cuanto que con facilidad se percibe en su escritura el trémolo de una digna y reservada emoción. Una pasión, incluso, pero estimio que de especie benigna y naturaleza sentimental, «estética» como suele decirse en estos casos, por el estilo de la que padeció Valle-Inclán cuando andaba soñando con ser marqués y hablaba aún la hermosa jerga heroica, renacentista. El carlismo es así, no puede negarse: «Tiene el encanto de las grandes catedrales...».

El libro en cuestión consta de tres estudios, referidos, respectivamente, al infante don Carlos, al conde de Montemolín y al legendario Carlos VII. Las tres edades del carlismo, pues; las tres oportunidades o los tres fracasos, según se mire. Seco las mira desde una óptica despejada, la del fracaso, y ello le permite una conclusión aguda: que esos fracasos son precisamente la razón de la pervivencia y del prestigio de una causa que de haber triunfado hubiera diluido su nímbo legendario en el contraste implacable de la realidad política. En cada uno de estos capítulos se investiga esta evidencia, a través del análisis de la mentalidad de los responsables y de las circunstancias.

La figura del infante don Carlos María Isidro, que centra el primero de ellos, es contemplada en una curiosa instantánea: su actitud ante los sucesos de 1826. Descubre Seco el proceso que condujo a la intentona revolucionaria de los exiliados, fijando su atención en el interesante «Manifiesto de los realistas puros», primer documento en que el infante aparece invocado por los enemigos del Rey y cuya paternidad ha sido otras veces discutida. Las incidencias son prolijas —el lector puede verlas en

cualquier manual, y más detalladamente en el estupendo estudio de Puyol «La conspiración de Espoz y Mina», o en el prólogo que Miguel Artola puso a la edición de las Memorias de éste, BAE, T CXLVI— y no es cosa de repetir las. Seco, en cualquier caso, centra su interés en el proyecto alentado por Fernando VII de auspiciar una «apertura» del régimen hacia algo así como un partido monárquico intermedio, o, por decirlo en términos muy actuales, como un «centrismo». A la aventura, parece, no era ajeno el progresismo exiliado. El hecho le sirve para caracterizar a don Carlos, quien, como confidente de su hermano, se opuso al proyecto, en una curiosa correspondencia que el autor reproduce, y terminó por decidir su abandono. Pero lo importante es que las simples razones de don Carlos coinciden con las de los redactores —los «realistas puros» en teoría o, eventualmente, el liberalismo que maquina el cisma dinástico despertando la suspicacia de Fernando—, lo que no deja de ser revelador. Más aún: esta proximidad persiste aún en tiempos de la primera guerra, como prueba la comparación que hace el autor con el contenido de la «Gaceta Oficial Carlista», de la que, por cierto, reproduce deliciosas muestras.

Como prueba un informe reservado de la Policía, que el autor analiza también, el carlismo de la primera hora andaba ya dividido en tendencias prácticamente insalvables: una «izquierda» que rumia con demasiada antelación la estrategia foralista, una «derecha» clerical furibunda y un «centro» transaccionista apoyado en el partido militar, que lograría imponerse al fin y cerrar la primera aventura guerrera. El análisis de Seco ve muy clara, en medio de esta selva barrojiana, la oportunidad de tal «traición» a la causa. Su importancia, sin embargo, consiste en su contribución a establecer una imagen correcta de l

carlismo primitivo y una clave válida para su simplísima ideología.

Estudia el segundo artículo la situación del carlismo a partir de 1840. En este momento crucial, el carlismo se encuentra con que el progresismo —de inspiración ayacuchase le cierra en banda, mientras el sector moderado inicia una estrategia «integradora», como la que intentará en su momento Cánovas. Definitivamente se clarifica, pues, ciertas identidades de fondo entre las facciones del derecho dividido, cuando el reflujo del 48 francés se interpone y logra —es lo mismo que sucederá tras el 68 y, en Francia, con Luis Felipe— la unión táctica de los «extremos» contra el sólido «centro», representado por Narváez, que, como vencedor de la Revolución, goza de singular prestigio en Europa. Y en esta coyuntura, Seco nos descubre un proyecto de gran interés: el ofrecimiento hecho al conde de Montemolín por un rocambolesco personaje, Beltrán y Soler, de instrumentar una «opción catalanista» para el Pretendiente, sobre la base de un foralismo que articule las «personalidades liberadas» dentro de la «monarquía española». Otra vez se confirma la sospechosa compatibilidad entre los diversos intereses de partido. Pero el análisis de Seco descubre además la condición secundaria —cuando no bastarda— de buena parte de los argumentos esgrimidos por el catalanismo de derechas. El osado anticipador que tal opción propone intuye la proximidad de su ambiguo ideario con el de Montemolín, no tan lejano a su vez, como percibe finalmente Seco, del que a la sazón sostiene el moderantismo aperturista isabelino.

Por último —y aquí sí que no puede ocultar el autor la soterrada emoción que le inspira el tema—, Seco traza una estupenda semblanza de Carlos VII. Es un preciso claroscuro pintado sobre el bosquejo que el propio don Car-

los dejó de sí mismo en su diario íntimo, y en el que Seco dispone luces y sombras con respetuoso fervor. La imagen que de ello resulta confirma el perfil romántico del mítico León Guzmán, depurado, no obstante, de la ganga legendaria un poco ariostesca que le añadió la nostalgia pequeño-burguesa de Valle. La explicación del «programa» de Carlos VII descubre, desde luego, aspectos no demasiado conocidos de su mentalidad y restituye al carlismo de esta época un interés ideológico que quizá Seco contempla a través de un prisma apasionado, pero que no deja de ser notable. El «espíritu innovador» del duque de Madrid y su «proyecto españolista» tienen en Seco un exegeta cariñoso y un abogado que denuncia con brío la crónica desunión del carlismo, causante última del fracaso de los proyectos del Rey. Este es quizá el mejor logro del libro: mostrar la antigüedad de unas tensiones internas que cuando en 1885 rompan en la barbaridad cerril del integrista neocatólico eran ya, como demuestra Seco, viejas. Es, por parte de Seco, como un dolido mentís al optimismo apañado del «Oriamendi». O como una consigna esperanzada, quién sabe. Lo hace sospechar sobre todo esta semblanza de don Carlos de Borbón y de Este, «el único Príncipe soberano —según Valle— que podría arrastrar dignamente el manto de armijo...» y a quien Seco rinde el homenaje de una confianza política que si no convence, desde luego emociona. ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

Europa como unidad

La idea de Europa como unidad política es relativamente reciente. Como es lógico, dentro de un cierto sentido de la historia que parece avanzar en favor de las unidades geográficas cada vez mayores, desde

el feudalismo a la constitución de las nacionalidades. La sensación de progreso y de conveniencia son, sin duda, un poco dudosas, desde el momento en que se han tratado siempre o casi siempre de hacer a favor de unos grupos de poder que lo que pretendían era, en realidad, la hegemonía. Se ha ido viendo que las constituciones políticas de los grandes grupos humanos trataban de ser como macromodelos de las más pequeñas: las monarquías absolutas pretendían ser feudalismos a gran escala. Es decir, una forma por la que el señor aumentaba el tamaño de su feudo, de su reino, y la cantidad de sus súbditos. Salvo en casos excepcionales, sin embargo, no lograron enteramente sus propósitos, por lo que podríamos llamar una ley natural —o, por lo menos, un valor constante en la historia—: que la intensidad disminuye en relación inversa a la extensión. Ciertos medios modernos de convicción y represión han podido actuar en favor de poderes muy concentrados para extensiones y poblaciones grandes; en favor de ellos se han creado macroestados, lo cual parece favorecer ideas como la de una Europa unida. Han jugado y juegan también factores de defensa: frente a los macroestados, los microestados buscan la forma de unirse para poder presentar alguna resistencia. La noción de que ha llegado el momento de Europa es ahora más fuerte que nunca (aunque atravesase un momento de desaliento) y, por consiguiente, se aprietan en los escaparates de las librerías. En España tienen un carácter especial por la especial consideración que tiene aquí el europeísmo. Como toda integración en una unidad mayor, produce una especial angustia: la de la pérdida de personalidad, la de una posible disolución de «caracteres nacionales», en contradicción con lo que nos parece un progreso hu-

mano, una mejora económica, una participación en otras ideas que aquí están aduanadas. Hay numerosas contradicciones en las ideas españolas sobre Europa, y no es la menor que siendo la unidad europea un movimiento fuertemente conservador (y opuesto a otra supranacionalidad con otro sentido: el internacionalismo), aquí aparece como progresista. Considerada Europa como una ampliación del modelo feudal a una mayor extensión de terreno y población, no es de extrañar que hayan sido los conservadores quienes la hayan mantenido. Sin irnos hacia movimientos del tipo de la Santa Alianza, o siquiera hacia Napoleón, el concepto de Europa aparece muy anclado en la ideología de Hitler, en el sentido de «civilización occidental» relacionado con el de raza superior. Naturalmente, la URSS no estaba incluida en su idea de Europa, como no lo estaba en los textos de quien fue probablemente su inspirador, aunque tuviera una idea más amplia, el conde Coudenhove-Kalergi, fundador del «paneuropeísmo» en 1923 (a quien tampoco le pare-

cía que debía ser parte de Europa la Gran Bretaña, como señala Henri Brugmans en «La idea europea 1920-1970» (1), uno de los libros publicados ahora sobre el tema. Apenas caído Hitler, otro gran conservador, Winston Churchill, recogía la antorcha; es curioso que la Gran Bretaña, no sólo excluida siempre por los paneuropeístas europeos, sino excluida a sí misma por una especie de desconfianza y de desdén hacia el continente, se convirtiera en la nueva directora del paneuropeísmo. Hay que atribuirlo a la visión clara de que su imperio nacional se hundía, y sólo extendiendo su poder a otros países podría conservarlo. La «Europa después de Hitler» es el título de Walter Laqueur (2) que estudia el tema en esta más reciente actualidad. Coincide en su optimismo con Jean Lecerf, en «Principios de la unidad europea» (3). «La historia

(1) Henri Brugmans, «La idea europea 1920-1970». Colección Europa. Editorial Moneda y Crédito, Madrid, 1972.
(2) Walter Laqueur, «Europa después de Hitler», traducción de Gil Lasierra. Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1974.
(3) Jean Lecerf, «Principios de la unidad europea», traducción de Álvarez de la Rosa. Inventarios Provisionales. Las Palmas de Gran Canaria, 1973.



de los Estados Unidos de Europa sólo está en sus primeras páginas, pero ha empezado bien», dice Lecerf; y Laqueur: «El continente ha sabido demostrar un vigor nuevo que es el asombro de amigos y enemigos del consumo (...). Las ideas y la técnica europeas se han ido extendiendo a todos los rincones de la Tierra, y la civilización europea sigue siendo un modelo para el mundo entero (...). En un sentido más amplio, la era europea acaba de dar comienzo». Optimismo que contrasta con la observación de pasional frío como es Rostow, en otro libro reciente (4), quien comenta cómo en los acontecimientos recientes Europa ha quedado reducida al papel de espectador y «el abismo existente entre el papel potencial de Europa en la estabilización de un mundo volátil y el encarrilamiento de las cosas en los años 1960».

El problema de casi todos estos libros consiste en que están escritos en un mundo tan velozmente cambiante que sorprende a sus autores, sobre todo cuando los mecanismos de traducción, permisos, edición y difusión en España no han alcanzado la rapidez necesaria. Sus autores —conservadores europeos— están aún influidos de la guerra fría, cuando no han sido protagonistas activos de ella (como Rostow, consejero presidencial en la Casa Blanca, ayudante especial para asuntos de seguridad nacional de Johnson; como Laqueur, presidente del Consejo de Investigación del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown, en Washington) y actúan sobre un mundo inmediatamente anterior; y han escrito antes de que los últimos acontecimientos les hayan podido dar una visión más realista que modere sus utopías. ■ H.

(4) W. W. Rostow, «La difusión del poder 1957-1972», traducción de Martínez Monasterio. Dopesa, 1973.



La luz y la sombra

Las imágenes finales de una película suelen resumir, en muchos casos, el sentido global de ésta, sintetizando dramática o plásticamente los contenidos narrativos del film. Liberado el director de las exigencias del guión, que, sobre todo si no es suyo, limita en numerosas ocasiones su personalidad, es en esos metros últimos donde él puede darnos con entera libertad un punto de vista totalizador sobre la historia, al mismo tiempo que reflexionar subjetivamente en torno a ella. Por desgracia, son éstas precisamente las imágenes que el espectador mediocre o apresurado apenas ve, ya que su curva de atención ha descendido a cero al concluir la anécdota y lo único que le preocupa es salir con rapidez del local. A causa de sus hábitos mentales respecto al cine, se pierde así unos momentos que más de una y cien veces son privilegiados, dejando mutilada la obra cuando quizá necesita de una mayor atención, cuando el realizador pasa de hablar de tercera a primera persona.

En este sentido hay que considerar como reveladores los planos finales de «El hombre de Mackintosh» («The Mackintosh man», 1973), de John Huston, y particularmente aquél en que la cámara se queda durante unos segundos fija en una pared dividida entre la luz y la sombra, después de que la protagonista femenina se ha sumergido en la oscuridad. Pero la división de negrura y claridad en el muro no es nítida, absoluta, cortante; más bien podría de-